

## EL MEMORIAL DE LOS AMIGOS DE DIOS

De Farid ud Din Attar

### SENTENCIAS DE DJA'FAR SADIQ (702-765)

Cuentan que alguien fue a visitar a Dja'far Sadiq y le dijo: "Haz que vea al Señor Altísimo", y éste respondió inmediatamente: "¡Oh hombre!, cuando Mouza<sup>4</sup> el profeta pidió ver la faz del Señor, una voz que procedía de su interior le dijo: "No podrás verme nunca." El otro replicó:

"Pero si somos el pueblo de Mahoma, nosotros, y podemos ver".

"Coged a este hombre y atadlo, luego lo echaré al río", ordenó Dja'far Sadiq.

De inmediato, la orden fue ejecutada y echaron al hombre al río; tras haberse hundido, aquél apareció en la superficie dando voces: "¡Oh hijo de Mahoma, socórreme!", y se hundió de nuevo. Cuando volvió a subir, según las órdenes de Dja'far Sadiq, le dejaron gritar sin que nadie le tendiera la mano. Entonces, sin esperar ya nada de los asistentes, dijo: "Dios mío, ten misericordia de mí y socórreme". Esta vez Dja'far Sadiq ordenó que le sacaran del agua.

Al cabo de unos instantes, cuando recobró conciencia, Dja'far Sadiq le preguntó: "¿Qué, has visto al Señor Altísimo?"

"No servía de nada que os pidiera ayuda –respondió–, pues no venía socorro alguno de vosotros. Y cuando ya no esperaba nada de vosotros, puse mi esperanza en el Señor Altísimo y una puerta se abrió en mi corazón; al mirar a través de ella encontré lo que deseaba."

"Ahora –dijo Dja'far Sadiq–, deja allí todo lo demás y no abandones nunca más esta puerta."

### SENTENCIAS DE VEIS QARNI (muerto en 642 ó 657)

Cuando preguntaban a Veis cuál era el estado de recogimiento en que convenía hallarse durante la plegaria, aquél respondía: se trata de un estado tal que si alguien te golpeará con un hacha no habrías de enterarte del golpe.

En otra ocasión, al preguntarle por qué estaba preocupado, decía: "Porque la ruta es muy larga y mis provisiones son nulas".

También decía: "Aún cuando realizaras tantas obras de piedad como las realizadas por todos los seres que hay en el cielo y

<sup>4</sup>Mouza = Moisés.

la Tierra, Dios no las aceptaría más que en el momento en que hayas extirpado de tu corazón todo pensamiento de asociación y de duda; por pensamiento de asociación quiero decir que no adjuntarás ningún asociado al Señor Altísimo; además, no tendrás ninguna duda en cuanto a su unidad; estarás seguro del éxito de tus buenas obras sin admitir en tu corazón la más mínima incertidumbre respecto a la aceptación de éstas; no estarás ocupado en nada más que en servir a Dios y en obedecer su ley".

Alguien dijo un día a Veis: "En cierto lugar, hay un hombre que hace treinta años cavó una tumba y suspendió una mortaja; desde entonces permanece día y noche sin tregua junto a ella, sumergido por las lágrimas".

Veis Karni emprendió la búsqueda de ese hombre hasta que lo encontró. Vio que su rostro reflejaba una gran palidez y que los ojos estaban hundidos en sus cavidades.

"¡Eh, hombre! –le gritó–, hace treinta años que esta tumba y esta mortaja te mantienen alejado del Altísimo. Permaneces ahí, la vista fijada en esta visión, como aquel que está en contemplación ante un ídolo."

Las palabras de Veis Karni produjeron un impacto profundo en aquel hombre; dio un suspiro e inmediatamente expiró. Así, pues, si la tumba y la mortaja constituyen un velo entre nosotros y Dios, ¿cómo no lo serán las demás cosas terrestres?

### SENTENCIAS DE HASSAN BASRI (641-728)

La gente le solía decir con un tono de reproche: "¡Oh Cheik Hassan Basri!, nuestros corazones están adormecidos en el sueño y no despiertan con tu palabra". Y aquél contestaba: "¡Ah Dios, quisiera que sólo estuvieran adormecidos! Pues aquel que está dormido, sólo con zarandearle despierta, pero vuestros corazones están totalmente muertos; por ello, aunque los sacudamos, jamás despertarán". Pero alguien le preguntó entonces: "¿Está permitido que algunos nos infundan tanto miedo con sus amenazas, hasta tal punto que llegan a quebrar nuestros corazones?" "¡Acaso no es mejor –observó él–, temblar en el día de hoy al oír la palabra de Dios, que estremecerse mañana en el día de la Resurrección cuando os sorprenda el juicio supremo?"

Seguidamente se le hizo este reproche: "Hassan, mientras no te has purificado a ti mismo, ¿cómo te atreves a darnos este consejo?"

“¡Oh hombres?—respondió—, el deseo de Cheitan<sup>5</sup> es suscitar en vuestros corazones objeciones como éstas a fin de que, cerrando la puerta de la virtud, abráis la del mal. Cada vez que uno de los hijos de Adán muere, se marcha con tres penas: la primera es la de no estar nunca saciado de atesorar bienes en este mundo, la segunda la de no haber nunca encontrado la satisfacción de los deseos de su corazón, y la tercera, no haber preparado adecuadamente las provisiones necesarias para el camino que conduce al otro mundo.”

Alguien le dijo un día: "Fulano está a punto de expirar", y Hasan Basri contestó: "Hace ya setenta años que estaba expirando, hoy se habrá liberado de esta pena".

#### HISTORIA DE MALIK DINAR (734-755)

Cuando preguntaban a Malik cómo iban sus negocios, decía: "Mi situación es desesperada, me nutro de los dones del Altísimo y soy el servidor de Cheitan".

Malik decía: "En el libro de la Ley (tevirit, tawrat, *tora*)<sup>6</sup> el Señor Altísimo habla así: 'Hemos hecho todo para excitar vuestro amor y os habéis quedado sin amor. He encontrado en muchos libros el concepto de que el Señor Altísimo ha dado a los fieles del Enviado dos privilegios que no había concedido nunca a Djibrail ni a Mikail. El primero es lo que dice en la Palabra:<sup>7</sup> 'Cada vez que os acordéis de mí, yo por mi parte, me acordaré de vosotros'. El segundo privilegio viene constituido por esta promesa: 'Cada vez que me hagáis una demanda invocando mi nombre, el objeto de vuestra demanda os será concedido' ”.

Malik afirmaba haber leído en el Libro de la Ley que el Señor Altísimo dice: "¡Oh hombres sinceros! Gozad de las ventajas de este mundo caído pero hacedlo acordándoos de mí; pues es una gran alegría en este mundo el mencionarme y, como consecuencia, encontraréis en el otro mundo grandes distinciones".

Malik decía también que había leído en muchos libros que el Señor Altísimo declaraba que a aquellos de entre los sabios que estén sujetos a la pasión de este mundo, les serán quitados de sus corazones la dulzura y el encanto de la plegaria y de las oraciones íntimas. Todos aquellos que caminan en este mundo junto a la codicia y los deseos, Cheitan no tiene necesidad de poseerlos.

<sup>5</sup>Cheitan = Satanás.

<sup>6</sup>Tevrit = el Pentateuco o la Torah de Moisés.

"Corán, sur. II, vers. 147. La segunda cita se encuentra en XL, 62.

#### SENTENCIAS DE MOBAMMED VACI

Un día, dijo a Malik Dinar: "¡Oh Malik! es más difícil saber dominar la lengua que guardar el dinero. Aquel que consiga dominar la lengua, logrará con toda seguridad alcanzar el objeto de sus deseos".

#### SENTENCIAS DE RABI'A 'ABAVIYEH<sup>8</sup>

Bienvenida a la Corte de Dios; en su interior ardían los fuegos del amor; habiéndose consagrado al Señor, se había desprendido completamente de las criaturas; rivalizaba con los hombres de élite; había penetrado todos los misterios de la verdad; ella, cuyas plegarias y obras de piedad se hallaban ocultas de todas las miradas, Rabi'a 'Abaviyeh, que Dios se complazca en ella. Si alguien nos preguntara: "¿Por qué mencionáis a Rabi'a entre los rangos de los hombres de élite?", nos apresuraríamos a contestar que hay un "hadit" del Enviado ¡sobre él esté la salvación!, así concebido: "No consideréis lo exterior de una persona, sino tened en cuenta sus buenas acciones y su buena voluntad"; lo cual equivale a decir que toda mujer cuyos ejercicios de piedad y culto sean aceptados en la corte del Señor Altísimo, como los de los hombres de élite, entonces, no ha de considerársela como mujer. 'Abbasa Tousi, ¡que la misericordia de Dios esté sobre él! dijo: "En el día de la Resurrección los ángeles gritarán a petición del Altísimo:

“¡Oh hombres de élite!, permaneced todos en un rango. Pero la primera persona que vendrá a colocarse en el rango de los hombres de élite será Meriem”.<sup>9</sup>

Un día que Rabi'a se había encaminado hacia la Ke'abeh<sup>10</sup> en un asno cargado con sus posesiones, se le murió la acémila; la gente que formaba la caravana que le precedía dijo: "Cargaremos tu equipaje en nuestras bestias". Y Rabi'a contestó: "Yo no cuento con vosotros en mi camino, sino únicamente con el Señor Altísimo, pues en él he puesto toda mi confianza; marchaos de ahí". Y cuando la caravana hubo desaparecido, Rabi'a se encomendó al Señor: "Dios mío, ¿así es cómo los reyes proceden con sus débiles servidores sumisos? Me has invitado a tu casa y resulta que haces perecer mi asno en medio del desierto y me abandonas en la soledad..." Apenas hubo acabado

<sup>8</sup>Según la tradición, murió en el año 135 (752-753) o en el año 185 (801-802).

<sup>9</sup>Meriem = María, hermana de Moisés.

<sup>10</sup>Ke'abeh o Ka'ba de la Meca.

de pronunciar estas palabras cuando el asno se levantó, lleno de vida. Lo cargó, siguió su ruta y alcanzó la caravana.

Cuentan también que un día, al haberse encaminado hacia la Ke'abeh, quedó a solas en el desierto. "Dios mío -dijo-, mi corazón es víctima de la perplejidad en medio de esta soledad. Soy un ladrillo" y la Ke'abeh es una piedra. Lo que necesito es la contemplación de tu faz".

Habiendo dicho esto, una voz surgió hablando en nombre del Señor Altísimo y dijo: "¡Oh Rabi'a! ¿Acaso harías tú sola lo que requiere la sangre del mundo entero? Cuando Mousa quiso ver nuestro rostro no hicimos más que esparcir sólo un átomo de nuestra luz sobre una montaña y resultó que ésta se disolvió en mil y una partes".

Otro relato cuenta que, yendo hacia a la Ke'abeh, Rabi'a vio venir a la Ke'abeh hacia ella en medio del desierto. "Lo que necesito -dijo Rabi'a entonces-, es el amo de la Ke'abeh y no a la Ke'abeh; ¿Para qué quiero yo la Ke'abeh?", y no se dignó ni a mirarla.

Dicen que una noche un ladrón se introdujo en la casa de Rabi'a; tras haberle hurtado su velo, el ladrón no pudo hallar salida alguna para huir; apenas hubo repuesto el velo en su lugar, volvió a encontrar el camino. Volvió a quitarle el velo y el camino le fue cerrado de nuevo. Y así ocurrió siete veces consecutivas: al robar el velo el camino se le cerraba; al reponerlo, la vía para huir le quedaba libre. Entonces, una voz le dijo: "¡Oh ladrón! no te esmeres tanto pues hace ya muchos años que Rabi'a nos ha confiado el cuidado de su persona y no permitimos a Eblis<sup>12</sup> su entrada en este lugar de retiro. Y tú ladrón, tenías la intención de quitarle su velo... Pues aprende, malvado, que cuando cualquier amigo de los nuestros está profundamente inmerso en el sueño, hay siempre alguien que vela por su persona".

Un día, Hassan Basri, al ver a Rabi'a sentada en la orilla del Eufrates, lanzó a la superficie del agua su alfombrilla de plegarias, se subió a ella y dijo: "Vamos, Rabi'a, hay que recitar encima del agua una oración de dos rik'at". "Maestro -dijo Rabi'a-, ¿son las cosas de este mundo las que vas a mostrar a los del otro mundo? Muéstranos algo que cualquier hombre mortal sea incapaz de realizar". Al decir esto, echó su alfombrilla en el aire, se subió en ella y gritó: "Ven aquí conmigo Hassan, estaremos menos a la vista

<sup>11</sup>Es decir: "Ya que no soy más que un ladrillo sin cocer, necesito, para volverme mejor a través de la cocción, otra cosa que la Ke'abeh, pues en realidad no es más que una piedra: necesito verte". En otras palabras: "Sólo tú puedes liberarme de las imperfecciones de mi naturaleza".

<sup>12</sup>Eblis o Iblis. Remítase al artículo "La caída de los ángeles", nota 1.

de la gente y la mirada de los curiosos no nos alcanzará". Luego, en un intento de consolar a Hassan, añadió: "Maestro, lo que haces, también lo pueden hacer los peces y lo que estoy haciendo yo, lo pueden hacer las moscas. Se trata, pues, de alcanzar un grado superior a los dos que hemos alcanzado".

Hassan Basri preguntó a Rabi'a si algún día pensaba tomar esposo. Y ella le contestó: 'Contraer matrimonio es algo necesario para aquel que posee de pleno su libre albedrío: por lo que a mí se refiere, ni siquiera dispongo de voluntad propia. Pertenezco al Señor y permanezco a la sombra de sus mandamientos; mi personalidad, no la tengo en cuenta para nada'. "Pero -dijo Hassan-, ¿cómo conseguiste llegar a tal grado?" "Aniquilándome por completo", contestó. "Sí -observó Hassan-, tú sabes cómo; mas para nosotros, este como no existe". Y luego añadió: "¡Oh Rabi'a! dime algo que hayas aprendido por tu propia inspiración".

"Hoy -dijo Rabi'a-, he estado en un bazar para vender unas madejas de cuerda; con las dos monedas de oro que he conseguido a cambio, he comprado víveres. Pero temiendo desviarme de la vía recta, como tenía las dos monedas en una misma mano, puse una en cada mano". Hassan dijo entonces: "Si en el paraíso permaneciera, aunque sólo fuera el tiempo de un respiro, alejado de la faz del Señor, mi pena sería tan enorme que todos los que allí se encuentran tendrían compasión de mí". "Nunca mejor dicho -observó Rabi'a-, pero cualquiera que en este mundo no pierde un solo instante para bendecir el nombre de Dios, gimiendo y llorando, esto es un signo manifiesto de que en la otra vida será como acabas de expresarlo tú".

La gente preguntaba a Rabi'a: "¿Por qué no te decides a tomar esposo?"

Y ella contestaba: "Hay tres cosas que son fuente de preocupación para mí; si alguien se hace cargo de ellas, entonces buscaré a un marido".

"Y ¿cuáles son estas cosas, Rabi'a?"

"La primera es saber si en el momento de la muerte podré presentar o no mi fe en toda su pureza. La segunda es saber si, en el día de la Resurrección me colocarán o no en la mano derecha el escrito donde figuran registrados mis actos. La tercera es saber, cuando en el día de la Resurrección, se conduzca a los unos hacia la derecha, al paraíso, y a los otros hacia la izquierda, al infierno, en qué dirección me conducirán a mí."

A esto, todos contestaron de forma unánime que no sabían nada y que les era imposible dar una respuesta.

Entonces Rabi'a dijo: "¿Y ahora qué? Mientras tengo cuestio-

nes como éstas pendientes, que me preocupan, ¿cómo voy a pensar en tomar marido?"

"¿De dónde vienes?", le preguntaban.

"Del otro mundo".

"¿Y a dónde vas?"

"Voy al otro mundo."

"Entonces, ¿qué haces en este mundo caído?"

"Me burlo de él."

"¿Y cómo te burlas de él?"

"Comiendo su pan y realizando obras del otro mundo."

También le preguntaban: "Tú, que eres tan sugerente por tus palabras, ¿acaso no eres exactamente el tipo de persona que conviene para tener una gran responsabilidad?"

"Efectivamente, pues en realidad guardo la gran responsabilidad de no dejar salir nada de lo que está en mí y no dejar entrar nada de lo que está fuera".

"¡Oh Rabi'a! ¿amas al Señor Altísimo?"

"¡Oh, sí, le amo de verdad!"

"Y a Cheitan, ¿lo consideras enemigo?"

"Amo tanto al Señor Altísimo que no me preocupo en absoluto de la enemistad de Cheitan."

Cuentan que Rabi'a vio en un sueño al Enviado, ¡sobre él esté la salvación! y que éste la saludó diciéndole:

"¡Oh Rabi'a!, ¿me amas?"

"¡Oh Enviado de Dios! –contestó ella–, ¿existe alguien que no te ame? Y el amor del Señor Altísimo llena tanto mi corazón que no queda sitio alguno para la amistad o enemistad con cualquier otro."

Le preguntaban: "¿Ves a aquel a quien sirves?"

"Si no lo viera, no le serviría", contestaba.

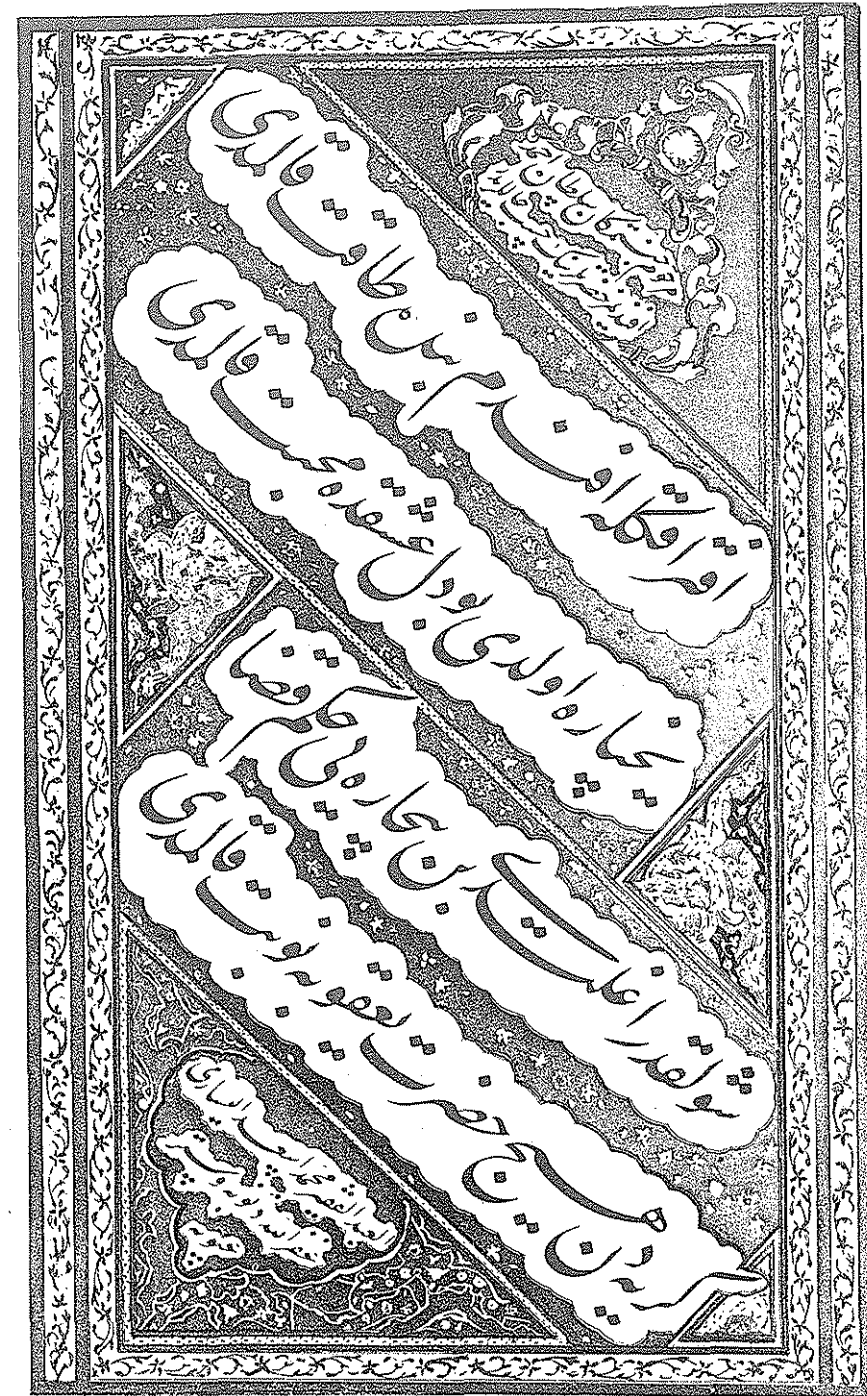
Se dice que estaba siempre triste y lloraba, y cuando le preguntaban a qué se debían aquellas lágrimas, decía:

"Lloro porque temo que, en el último momento, una voz me grite de repente: 'Rabi'a no es digna de presentarse en nuestra corte'."

Alguien le hizo la siguiente pregunta: "Si uno de los servidores del Señor hace penitencia, ¿la aceptará el Señor Altísimo?"

"Mientras Dios no conceda la gracia de la penitencia, ¿cómo podría uno de sus servidores hacer penitencia? y, cuando el Señor Altísimo la concede, en efecto, no cabe duda alguna, que no acepte su penitencia."

Rabi'a decía: "Es difícil distinguir a primera vista las distintas estaciones que se encuentran en el camino que conduce a Dios,



Caligrafía de Topkapi (Turquía, s. XVII)

del mismo modo que no podemos llegar hasta él con la lengua. Esfuérzate, pues, en mantener tu corazón despierto. Cuando lo esté, verás con tus propios ojos el camino y podrás alcanzar la estación".

Rabi'a decía: "El fruto de la ciencia espiritual es apartar tu rostro de la criatura para girarlo únicamente hacia el Creador; puesto que por 'ciencia' hay que entender el conocimiento de Dios".

Cuentan que cuando Rabi'a vio a un hombre que se había ceñido la cabeza con una venda le dijo: "¿Por qué te ciñes así la cabeza?"

"Porque me duele", contestó.

"¿Qué edad tienes?", le preguntó entonces Rabi'a.

"Treinta años", contestó.

"¿Y durante estos treinta años cómo has vivido: más tiempo enfermo o más tiempo sano?"

"La mayor parte de mi vida he estado sano."

"Y cuando estabas sano, ¿acaso te vendabas la cabeza en señal de acción de gracias, como para venir ahora quejándote del Señor Altísimo a causa de un dolor de un día y ceñirte de este modo la cabeza?"

Cuentan que durante el verano, Rabi'a solía retirarse a una casa lejana de la cual no salía jamás. Su sirviente le vino a decir un día: "Señora, ¿por qué no sale de aquí y viene contemplar la omnipotencia en sí misma?"

"Mi papel consiste en contemplar la omnipotencia."

Resulta que Rabi'a gemía constantemente, sin tregua alguna.

"Pero, si no te duele nada, ¿por qué te lamentas de esta forma?, le preguntaban.

"Desgraciadamente, la enfermedad que me asedia es tal que ningún médico puede remediarla; la única cosa que me curaría sería ver al Señor; lo que me ayuda a soportar esta enfermedad es la esperanza de que, en el otro mundo, consiga la realización de mis deseos."

Cuando varios personajes, muy devotos, fueron a visitar a Rabi'a, ésta preguntó a uno de ellos: "¿Y tú, por qué sirves al Señor Altísimo?"

"Por miedo al infierno", contestó.

"Yo --dijo otro--, le sirvo por miedo al infierno y por la esperanza de llegar al paraíso."

"Mal servidor --observó Rabi'a--, aquel que rinde homenaje al Señor Altísimo, únicamente con la esperanza de ir al paraíso o por miedo al infierno; así, si no hubiera paraíso ni infierno, ¿no serviríais al Señor Altísimo?"

"Pero ¿por qué le sirves tú?"

"Yo --contestó--, le sirvo por su voluntad arbitraria. ¿Acaso no me basta como don de gracia de su parte, el que me ordene que le sirva?"

Un día, Malik Dinar, Hassan Basri y Chaqiq Balkhi fueron a visitar a Rabi'a. Como se hablaba de la sinceridad, Hassan Basri dijo: "Aquel que no soporta con constancia los golpes que le proceden del Señor Altísimo, no es sincero."

"Esto me huele a mucha infatuación de uno mismo", observó Rabi'a.

Chaqiq Balkhi dijo entonces: "¿El que no es sincero es aquel que no realiza acciones de gracia a cambio de las desgracias que le vienen del Señor Altísimo!"

"Todavía es necesario más que esto", insistió Rabi'a.

Entonces, Malik Dinar tomó la palabra y dijo: "El que no es sincero es aquel que no halla encanto en las enfermedades que le provienen del Señor Altísimo".

"Todavía mejor", exclamó Rabi'a.

Y luego, dirigiéndose a ella, le dijeron: "Habla tú, pues".

Rabi'a intervino y dijo: "Aquel que no se olvida del dolor de la enfermedad que le viene del Señor Altísimo, no es sincero, exactamente como las damas de Egipto que, al ver el rostro de Yousouf<sup>13</sup>, se olvidaron del dolor que tenían en la mano".

Uno de los doctores de Basra, al haberse presentado en casa de Rabi'a, empezó a hablar enfáticamente de los males de este mundo caído. Al oír el discurso, Rabi'a dijo: "Hay que ver cómo quieres a este mundo caído, pues si no lo quisieras, no hablarías tanto de él. Aquel que se propone adquirir tejidos habla de ellos hasta saciedad; y si tú estuvieras totalmente desprendido de este mundo caído, ¿qué te importarían sus méritos o sus defectos?"

Cuentan que Hassan Basri comentaba en ocasiones: "Por la tarde iba a visitar a Rabi'a; un día que estaba yo en su casa, ella acababa de poner en el fuego un gran caldero en el que había dispuesto la carne; como ya habíamos empezado a hablar del conocimiento de Dios, me dijo: 'No hay mejor tema de conversación que éste; vale más seguir con él, que preocuparse por cocer la comida...' y no encendió el fuego para calentar el caldero. Cuando ya hubimos realizado la plegaria de la noche, Rabi'a trajo agua y algo de pan seco. Al mismo tiempo, vertió el contenido del caldero y resultó que la carne que en él había estaba cocida por un efecto de la omnipotencia de Dios. Comimos del guiso, cuyo sabor era inigualable

<sup>13</sup>Yousouf = José, hijo de Jacob

y ambos coincidimos en que nunca habíamos comido tan delicioso manjar".

Safian Tsavri cuenta que cuando fue un día a casa de Rabi'a, la encontró rezando y no cesó en sus plegarias hasta percibir los primeros rayos del alba; Safian Tsavri hizo lo mismo; al llegar el amanecer, Rabi'a dijo: "Hoy debemos ayunar en acción de gracias por las plegarias que hemos realizado esta noche". Y se dice que no cesaba de repetir en voz alta, como un impulso que le venía del corazón, las siguientes palabras: "Dios mío, si el día de la Resurrección me envías al infierno, revelaré un secreto que hará huir el infierno a mil años de distancia de mí. Dios mío, todo aquello que me destinas a mí de los bienes de este mundo, dáselo a tus enemigos, y todo aquello que me guardas en el paraíso, distribúyelo a tus amigos; pues tú eres el único que busco".

"Dios mío –añadía–, si te sirvo por temor al infierno, condéname a que quemé en medio de sus llamas, y, si es por esperanza de llegar al paraíso, impídeme que acceda a él; pero, si, por el contrario, es por amor a ti que te sirvo, entonces, permíteme que contemple tu faz."

Cuentan que Rabi'a decía: "Dios mío, si en el día de la Resurrección me envías al infierno, gritaré desesperadamente: ¡Señor, te amaba tanto! Así es como tratas a los que te quieren". Luego se oyó una voz decir: "Oh Rabi'a, no concibas una mala idea de nos, puesto que te guardamos un lugar entre nuestros fieles a fin de que puedas conversar con nos de nuestros misterios".

En los últimos momentos de su vida, muchos personajes devotos estaban a su lado, y ella les decía: "Levantaos y salid de aquí; dejad por unos instantes el camino libre para los mensajeros del Señor Altísimo". Todos se levantaron y salieron. Cuando hubieron cerrado la puerta, oyeron la voz de Rabi'a haciendo profesión de fe. En cuanto hubo expirado el último suspiro, los doctores se reunieron para lavar su cuerpo y recitar junto a ella las plegarias de los muertos; luego, lo dejaron en su última morada.

Vieron entonces a Rabi'a en un sueño y le preguntaron qué había respondido a Munkir y a Nekir (que son los ángeles encargados de interrogar a los muertos): "Cuando llegaron Munkir y Nekir –dijo–, me preguntaron lo siguiente: 'Men rebbouki', es decir ¿quién es tu Dios? Y yo contesté: ¡Oh ángeles, id y decid en la corte del Altísimo estas palabras de mi parte: 'Haces que me interroguen a mí, que soy una anciana, en medio de tantos servidores tuyos, yo, que no he conocido más que a ti... ¿Acaso me he olvidado de ti alguna vez para que envíes a Munkir y a Nekir para que me interroguen?' "

Mohammed ben Aslam Touci y Na'mi Taratouci (de Tortosa) se reunieron en la tumba de Rabi'a y dijeron:

"¡Oh Rabi'a! Te vanagloriabas por no haber bajado nunca la cabeza ante este mundo ni ante el otro, pero, ¿cómo estás ahora?"

Y una voz que procedió de la tumba, contestó: "¡Me felicito por ello! Aquello que andaba haciendo era lo que tenía que hacer, y la ruta que había descubierto era la buena! Sólo Dios lo sabe todo".

## EA PASION DE HALLADJ

### SENTENCIAS DE CHEIK MANSOUR HALLADJ (EL CARDADOR DE LANA)<sup>1</sup>

Aquel que fue mártir en el camino de la verdad; aquel cuya categoría se volvió eminente; aquel cuya parte externa e interna eran puras, aquel que constituyó un modelo de lealtad en el amor; aquel que estaba irresistiblemente atraído por la contemplación de la faz de Dios, este extático Mansour Halladj, ¡que la Misericordia de Alá esté sobre él!

Estaba todo él embriagado por un amor cuyas llamas le consumían. Las maravillas que operaba eran tan grandes que dejaba a todos los doctores atónitos. Era un hombre de mirada sublime, de palabras enigmáticas, profundamente enterado de las ciencias de los misterios. Procedente de un cantón llamado Beïza, en la provincia de Chiraz, había sido educado en Vacit.

Abd Allah Khafif decía: "Mansour poseía realmente el conocimiento de la verdad". "Mansour y yo—declaraba Chibli—, seguíamos el mismo camino; me trataron de loco, pero me han dejado la vida salva, mientras que Mansour ha perecido, por estar dotado de buen sentido". Si Mansour no hubiera sido más que un extraviado, los doctores que acabamos de mencionar no hubieran hablado de él en estos términos. Sin embargo, varios doctores le reprochaban haber errado de camino por haber revelado inoportunamente los misterios de la verdad.

Estuvo durante dos años al servicio de Abd Allah Techteri. A los ocho años, se fue a Bagdad y luego a Basra, donde permaneció durante seis meses al servicio de Omar ben Osman Mekki.

Abou Ya'qoub Aqta' le dio su hija en matrimonio y a consecuencia de ello Omar ben Osman sintió cierto pesar para con Mansour, de modo que éste se fue de Basra hacia Bagdad, donde Djuneid le obligó a vivir retirado del mundo.

Al cabo de un tiempo, decidió encaminarse hacia la Ke'abeh de la cual se convirtió en visitante asiduo, para volver luego a Bagdad donde Djuneid le acogió de nuevo en su casa.

<sup>1</sup>Huceïn ben Mansour Halladj, llamado también Aboul-Gaïts, fue ejecutado cerca de la puerta de la Arcada en Bagdad, el martes día 5 de dsou'l-qa'deh del año 309 (921-922).

Al preguntarle Mansour sobre varios temas un tanto herméticos y difíciles, Djuneïd le contestaba: "¡Oh Mansour!, poco tardarás en manchar de rojo la horca". "El día en que esto ocurra —respondió Mansour—, arrojarás el manto del derviche para adquirir el que lleva el común de los mortales".

Y se cuenta que cuando llevaron a Mansour al suplicio, todos los "oulema" redactaron un acto jurídico que proclamaba la necesidad de su condena de muerte. "Djuneid debe también escribir su sentencia", ordenó el califa.

De inmediato, Djuneïd fue a la "medrech" (el colegio) y, tras haberse revestido de la indumentaria propia de los "molla", y haberse ceñido el turbante, declaró, por escrito, que "aunque en apariencia Mansour merecía la muerte, éste poseía en su interior el conocimiento del Señor Altísimo".

Tras haber dejado Bagdad, Mansour pasó un día en Techter; y luego pasó cinco años de su vida recorriendo sucesivamente el Jorasán, el Sei'stán, el Semizkent y el Turkestán.

Le habían apodado Halladj porque un día, estando en una mercadería donde había gran cantidad de algodón sin desmotar, hizo un signo, y apenas unos instantes más tarde resultó que, por mandamiento del Señor Altísimo, las semillas se hallaron seleccionadas.

Y habiendo tomado los hábitos, se fue hacia la Ke'abeh acompañado por un gran número de derviches. Allí realizó tantos milagros que Ya'qoub Neher-Djouri lo llamó mago. Al cabo de un tiempo se marchó al Indostán para alcanzar de allí el Turkestán y Khitaï, donde consiguió convertir al islam a muchos individuos a los que proporcionó la instrucción religiosa musulmana.

A su retorno a la Ke'abeh, decidió permanecer allí durante dos años como "mudjavir". Y a partir de entonces su acción creció cada vez más. La gente, que no entendía sus palabras, le rechazó e hizo que huyera de numerosas ciudades, aunque en realidad quedaban maravillados por su gran elocuencia y por sus actos.

En veinticuatro horas, Mansour era capaz de recitar una plegaria de cuatrocientos "rik'at" y, aceptando las pruebas más duras de la mortificación, realizaba una loción general a cada oración canónica. Y hasta la edad de cincuenta años permaneció fiel a estas prácticas, sin abandonar jamás en veinte años, ni siquiera una sola vez, sus hábitos; un día que se los quitaron por fuerza, hallaron en él gran cantidad de piojos que tenían el tamaño de un guisante. En otra ocasión, al ver que un escorpión se paseaba junto a Mansour, alguien quiso matar al insecto, pero el cheik le impidió hacerlo



alegando que este animal frecuentaba su entorno desde hacía doce años.

Rechid Samarqandi cuenta que cuando Mansour se dirigía a la Ke'abeh, junto a cuatrocientos sufíes, éstos le dijeron un día: "¡Oh Mansour!, necesitaríamos pan y cabezas de cordero cocidas".

"Sentaos todos, los unos al lado de los otros", respondió Mansour.

Cuando se hubieron sentado todos y él mismo hubo tomado asiento entre ellos, se pasó la mano detrás de la espalda y empezó a repartir a cada uno de ellos dos panes y una cabeza de cordero cocida; dicho de otra forma, distribuyó en total cuatrocientas cabezas de cordero y ochocientos panes.

"Ahora, necesitaríamos dátiles frescos", le dijeron los sufíes.

"Zarandeadme –respondió Mansour–, recoged y comed los dátiles que caigan."

Entonces empezaron a sacudirle y los dátiles a caer al suelo. Los recogieron y se los comieron y todos quedaron saciados. A lo largo de todo el camino, de cada arbusto espinoso en los que se apoyaba Mansour al sentarse en el suelo, caían dátiles en abundancia.

En otra ocasión, mientras estaban encaminados hacia la Ke'abeh, los sufíes desearon comer higos. Mansour no hizo más que extender la mano hacia el cielo y recogió higos frescos sobre una bandeja para repartírselos. Y cuando les entraron las ganas de comer "halva", Mansour colectó cierta cantidad de ella en el aire, la dispuso en una bandeja y se la ofreció.

Por fin llegó a la Meca y allí permaneció durante un año de pie, frente al templo. A causa del calor, la piel se le desprendía del cuerpo y la grasa fundía derritiéndose en el suelo, y él, no se inmutaba.

Diariamente, hacia el atardecer, rompía el ayuno ingiriendo un bocado de pan y bebiendo una gota de agua.

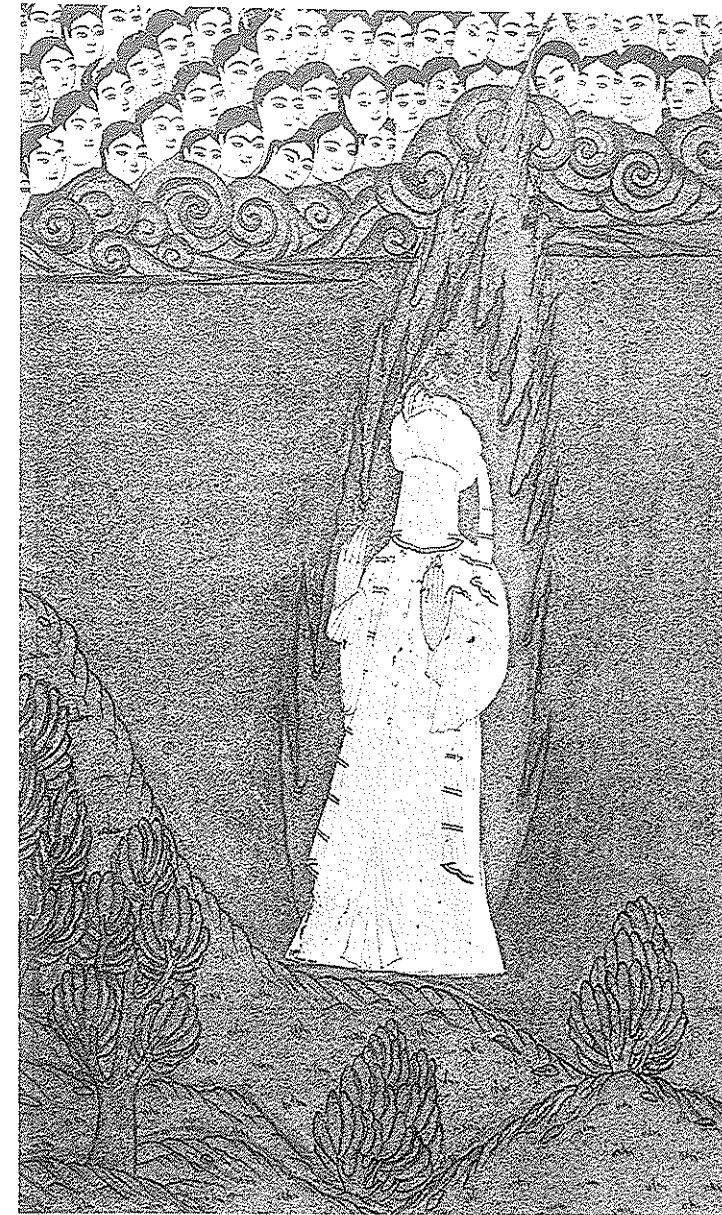
Un año más tarde subió a la cima del monte **Arafat** y dando voces, dijo: "¡Dios mío, concédeme la resignación y la gratitud!"

Según Mansour, aquel que renunciaba a este mundo veía a su persona sensual elevarse hasta el ascetismo. Aquel que renunciaba a sí mismo, veía a su alma elevarse hasta el ascetismo.

Pero al ver que su potencia de acción se acrecentaba día a día, Mansour empezó a proclamar las siguientes palabras: "Ana el haqq" (soy la verdad).

Sin embargo, alguien vino a repetir al califa estas palabras; al poco tiempo mucha gente empezó a rechazarle y a oponerse a él como acusadores.

"¡Oh Djuneid! –dijo el califa–, ¿qué significa todo esto?"



Aparición del ángel Gabriel. Vida del Profeta (Manuscrito turco, c. 1368)



"¡Oh, Califa! –respondió Djuneid–, permite que sea dictada la sentencia de muerte de este hombre, dado que no se pueden explicar razonablemente tales palabras."

Así fue cómo el califa ordenó que lo arrojaron a la cárcel. Allí, no cesó de dialogar durante un año entero con los sabios. El califa prohibió terminantemente que fueran a visitarle; con lo cual, durante cinco meses nadie fue a verle excepto Abd Allah Khafif que lo vio una sola vez en persona.

Llegó un día en que Ibn 'Atar le envió un mandatario para referirle lo siguiente: "¡Oh cheik! pide perdón humildemente por las palabras proferidas a fin de escapar a la muerte".

A ello, Halladj replicó: "¡Le corresponde al que me manda este mensaje el pedir perdón!"

Al oír esto, Ibn 'Atar se echó a llorar y dijo:

"¡Huceïn está perdido definitivamente!"

Cuéntase que la primera noche de su encarcelamiento, cuando vinieron a visitarle, no le encontraron en la celda. Durante la segunda noche, no vieron ni a él ni a la cárcel; pero a la tercera noche, cuando lo encontraron en la cárcel, preguntósele: "¿Dónde estabas la primera noche? ... ¿Y la segunda noche, dónde estabais tú y la prisión?"

"La primera noche me hallaba junto a su Majestad soberana; he ahí porque no estaba aquí. La segunda noche, Su Majestad estaba aquí, con lo cual éramos invisibles tanto la cárcel como yo mismo. Y esta última noche, me enviaron aquí para que cumpliera la Ley escrita; venid, pues y haced lo que debéis hacer!"

Asimismo relatan que en el intervalo de una noche y un día, Mansour realizaba en su celda plegarias de mil "rik'at". Entonces alguien le objetó: "¿Pero a quién diriges estas plegarias si pretendes ser Dios?"

"Nosotros –respondió–, sí sabemos lo que valemos".

Dícese que en la cárcel en que se hallaba encerrado, había trescientas personas. Al atardecer, Mansour les dijo: "¡Eh, presos!, os voy a liberar".

"¿Por qué no escapas también con nosotros?", le preguntaron.

"Nosotros –contestó–, estamos en las ataduras del Señor; nuestra salvación está constituida por las aflicciones que padecemos, pues si lo deseáramos, un solo signo bastaría para aflojar las ataduras que nos ciñen."

Hizo un signo con el dedo y las ataduras cayeron al suelo.

"¿Pero dónde iremos –exclamaron sus compañeros–, si las puertas de la cárcel nos encierran?"

Realizó otro signo, y las puertas se abrieron; entonces las murallas cayeron y aparecieron los árboles.

"Ahora, ¡escapad!"

"Y tú también, acompáñanos..."

"Hay entre El y nosotros un secreto del que no podemos hablar más que con los iniciados..."

Al día siguiente le preguntaron qué había ocurrido con los presos, y Mansour contestó:

"Los he dejado en libertad".

"Pero, ¿por qué no has escapado con ellos?"

"Porque el Señor tiene unas advertencias por hacernos", respondió.

El califa, enterado de los hechos dijo:

"Este hombre va a excitar las conciencias de las gentes; hay que condenarlo a muerte o apalearlo hasta que confiese el nombre que ha pronunciado".

Le dieron trescientos bastonazos para forzarle a rendirse; pero a medida que le golpeaban, se iba oyendo con toda claridad una voz que decía:

"¡No temas, oh Ibn Mansour!"

"Personalmente –afirmó Abd-el Djelil Saffar–, tengo más fe en el que le bastoneaba que en Huceïn, pues el primero ha tenido que sacar una enorme fuerza de la ley como para, aun cuando oía con tanta claridad aquella voz, pudiera seguir golpeándole sin que su mano temblara".

Más tarde se llevaron a Huceïn para ejecutar su sentencia de muerte.

Una gran multitud de gente que agrupaba al menos cien mil hombres, le rodeaba y Mansour no cesaba de repetir, mientras miraba en torno a él:

"¡Verdad, verdad, verdad, yo soy la Verdad!"

Cuentan que en medio de esta muchedumbre que le rodeaba había un derviche, y éste le preguntó: "¿Qué es el amor?"

"Ya lo verás luego –respondió–, y mañana y pasado..."

En efecto, aquel primer día ejecutaron su sentencia, el segundo, le quemaron y el tercero, esparcieron sus cenizas al viento. ¡He aquí los efectos del amor!

En este momento supremo su servidor le pidió un último consejo. "Aguarda –le respondió Mansour y procura ocupar bien a la persona sensual con algo que sea legítimo, sino será ella la que hará que te ocupes de lo que es ilegítimo; no obstante, saber gobernarse a sí mismo de esta forma es lo propio de los santos". En

su momento, su hijo le pidió un último consejo. "Mientras que los individuos de este mundo emplean todos sus esfuerzos en las obras terrestres –le dijo–, aplícate a una cosa cuya mínima parcela vale más que todo lo que los genios y los hombres serían capaces de producir, me refiero a la ciencia de la verdad".

Y mientras caminaba orgullosamente en este camino, con el paso ligero propio de los fisgones y ladrones, aunque iba cargado de dieciséis cadenas pesadas, la gente le preguntó cómo podía aparentar estos andares despreocupados.

"Es porque me dirijo a la corte celeste." Entonces pegó un grito y exclamó: "Mi compañero de alegrías, que no tiene nada en común con la injusticia, me ha ofrecido la bebida que se suele presentar a un invitado; pero cuando las copas empezaron a ser distribuidas, ha pedido la espada y la estera de ejecución; esto es lo que ocurre a los que beben vino cuando el signo del dragón se encuentra con julio (cuando el calor es más fuerte)".

Cuando le hubieron conducido bajo la plataforma, se dio la vuelta hacia Bab el-Taq<sup>2</sup> y puso el pie en la escalera.

"¿Qué significa esto?", le preguntaron.

"Pues porque la parte superior de la plataforma de ejecución me servirá de peldaño para subir al cielo."

Entonces se ciñó un cinturón, colocó el "taileçan" (tipo de velo) en el hombro y elevó las manos al cielo; luego, dándose la vuelta hacia la Meca, dijo en un impulso que le salía del corazón: "¡Que sea tal como El lo desea!", y al llegar a la plataforma, una tropa de discípulos suyos le gritaron: "¿Qué piensas de nosotros, tus discípulos, y de los que te rechazan y de los que te apedrearán y qué dices de los primeros y de nosotros?"

"A ellos –respondió–, doy una doble recompensa y a vosotros una simple, porque vosotros os empeñáis en tener una buena opinión de mí, mientras que ellos son empujados hacia delante por la fuerza de su fe en la unidad de Dios y en el rigor de la ley escrita. Sin embargo, en la ley, la unidad es la raíz misma, mientras que la buena opinión no es más que una rama."

Se decía que durante su juventud había sido sujeto al orgullo: "Observa –dijo a su servidor–, que aquel que ha levantado orgullosamente la mirada acaba por bajarla luego humildemente".

Chibli se hallaba frente a Mansour y le dijo: "¿Acaso no te

<sup>2</sup>Nombre de un gran barrio situado al oeste de Ragdad

habíamos prohibido acoger a los hombres?"<sup>3</sup> Y añadió: "¡Oh Halladj! ¿qué es el sufismo?"

"No ves más que una ínfima parte de él", respondió Halladj.

"¿Cuál es, pues, su parte superior?", dijo Chibli.

"¡Tú no puedes acceder a ella!"

Al oír esto todos empezaron a lapidarle. Y Chibli juntándose a ellos, le arrojó barro. Huceïn Mansour dejó escapar un grito.

"¿Qué te ocurre? –le preguntaron–. ¿No te has inmutado cuando te echaban esta lluvia de piedras, y ahora te quejas por un poco de barro? ¿Qué significa esto?"

"Pues que éstos no saben lo que hacen y por ello se les puede perdonar; pero él me causa mucha compasión porque sabe pertinentemente que no se me debe echar nada."

Le cortaron las manos. Mansour se echó a reír.

"¿A qué viene esta risa?"

"Desprenderse de una mano cerrada a todos los hombres no es muy difícil –dijo–; pero pienso que sería hacer prueba de virilidad el cortar estos vínculos que me encadenan a los atributos de la divinidad y que desvían mi espíritu de la contemplación de su esencia."

Entonces le cortaron ambos pies. Una sonrisa pudo percibirse en sus labios, y dijo: "Con estos pies realizaba mi viaje terrestre; ahora dispongo de otro capaz de recorrer los dos mundos; amputádmelo si podéis". Recogió sus manos cortadas y se frotó el rostro con ellas, de modo que se embadurnó brazos y rostro.

"¿Por qué haces esto, Mansour?"

"He perdido mucha sangre y mientras mi rostro esté pálido, os imaginaréis que mi palidez se debe al temor que siento. Me mancho el rostro con sangre a fin de que esté totalmente rojo, pues los hombres que tienen la tez coloreada lo deben a su propia sangre (y no al afeitado)."

"Entendemos que te hayas coloreado el rostro, pero ¿por qué los brazos?"

"Hago mis abluciones."

"¿A qué abluciones te refieres?"

<sup>3</sup>Corán, sur. XV, vers. 70. Se trata aquí de los enviados de Abraham que Lot había acogido en su casa a pesar de la prohibición de sus compatriotas, habitantes de Sodoma, donde estaba prohibido practicar la hospitalidad.

Hay que entender esta prohibición en su sentido esotérico más profundo, es decir dar asilo al Enviado divino, al Espíritu del profeta Elías.

"En el amor, hay dos rik'at para las que la ablución sólo es válida si se realiza con la sangre del corazón."

Le sacaron los ojos. Un gran tumulto se levantó en la muchedumbre: unos lloraban, otros le apedreaban. Y cuando se sintieron obligados de cortarle la lengua, exclamó:

"¡Esperad, pues tengo unas palabras por decir!" Y elevando el rostro hacia el cielo dijo: "Dios mío, en nombre de este sufrimiento que me imponen por tu culpa, no permitas que la desgracia se abata sobre ellos, no les niegues la parte de felicidad que les toca. Bendito seas por las manos y los pies que me han cortado por haber seguido tu vía. He aquí que desde esta plataforma de mi suplicio gozo de la contemplación de tu gloria". Tras estas palabras, le cortaron las orejas y la nariz y le lanzaron piedras.

Vino a pasar una anciana que llevaba en manos un pedazo de tejido, se acercó a él y dijo: "No tengáis piedad de él, a fin de que este pico de oro sepa el precio de decir palabras misteriosas".

Sus últimas palabras fueron: "¡A mí, el Único cuya individualidad es única!", y luego recitó el siguiente versículo: "Aquellos que no creen quieren adelantar su hora; los que creen tiemblan sólo con recordarla, pues saben que vendrá".<sup>4</sup>

Le cortaron la lengua y sonrió. Era la hora de la oración de la noche cuando le cortaron la cabeza. Sonrió durante la ejecución y expiró.

La muchedumbre de asistentes apuró un gran clamor. Así fue cómo Hucein aceptó con resignación la detención de su destino, mientras que de todas las partes de su cuerpo se elevaba una voz que decía: "¡Soy la Verdad!"

Al día siguiente, sus enemigos, considerando que esta maravilla iba a causar más agitación de la que había habido mientras vivía, decidieron quemar sus miembros; sin embargo, de sus cenizas seguía elevándose una voz que decía: "¡Soy la verdad!" Además, mientras le martizaban y a medida que su sangre se derramaba, la palabra Allah se había dibujado claramente en el suelo.

Hucein Mansour había dicho a su servidor: "Cuando arrojaréis mis cenizas al río, sus raudales chocarán unos con otros como si fueran a sumergir a la ciudad de Bagdad. Colocad entonces mis hábitos en la orilla y las aguas volverán a bajar tranquilas como antes". El tercer día, cuando hubieron tirado al río las cenizas de Mansour, una voz salió de ellas de nuevo, diciendo: "¡Soy la Verdad!"

<sup>4</sup>Corán, sur. XLII, vers. 17.

Los raudales del río empezaron a agitarse y el servidor dispuso inmediatamente los hábitos de Mansour en la orilla, las aguas se calmaron y las cenizas permanecieron silenciosas. Reunieron todo lo que de él quedaba y lo colocaron en su última morada.

Similar grado de fuerza misteriosa no había nunca pertenecido a ningún sectador de la vía espiritual. Abbaça Touci, ¡que la misericordia de Alá esté sobre él!, dijo:

"En el día de la Resurrección, se traerá inmediatamente cimientos de Mansour cargado de cadenas de luz; puesto que si no estuviera atado, traería la confusión al seno de esta gran asamblea y propagaría los desórdenes de la embriaguez."

Un personaje venerable cuenta que: "la misma noche en que llevaron a Mansour al suplicio, permanecí rezando al pie de la horca hasta la aurora. Entonces oí una voz que decía: Cuando hubimos revelado nuestro secreto a Mansour, él se atrevió a divulgarlo, he aquí la recompensa prometida a todo aquel que divulga los secretos de su 'padichah'".

"Una noche –contaba Chibli–, en que me había consagrado a realizar actos de devoción en la tumba de Mansour, en un impulso del corazón exclamé: 'Dios mío, tu servidor que aquí descansa era fiel e iluminado, ¿por qué lo has sometido a tan duras pruebas?' "

Al instante el sueño se apoderó de mí y me dormí. El Señor se me reveló en un sueño, diciéndome: "Hemos precipitado a Mansour en las desgracias porque revelaba nuestro secreto a aquellos que no estaban iniciados". "Un día –sigue contándonos–, vi a Mansour en un sueño y le pregunté: '¡Oh Mansour! ¿Qué ha hecho el Señor a estos individuos que te hicieron morir?' "

"El Señor Altísimo –me respondió–, ha hecho misericordia a aquellos que, conociéndome, tuvieron compasión de mí, y a los que sin conocerme, me golpearon y mataron; ha hecho misericordia a los primeros porque era en su honor si me trataban con indulgencia, y a los otros, que me habían golpeado porque también lo hacían por él."

Cuando arrastraban a Mansour a la horca, Iblis se acercó y le preguntó: "¿Cómo es que a ti, Dios te ha hecho misericordia por haber hecho un acto de personalidad mientras que a mí me ha maldecido?"

"La diferencia estriba en que tú, al hacer prueba de personalidad, no tenías más que a ti mismo como objetivo, mientras que yo, sólo tenía como objetivo al Señor Altísimo."

Aquí finaliza el relato de los actos y palabras de los docto-

res y de los santos cuyos nombres figuran inscritos en el "Tezke-reh".

Yo, Herou Malik Bakhchi, terminé de realizar esta copia en Herat, el 10 de djemadi el-akhir, del año del Caballo, de la Hégira 840 (1436-1437).

## LOS SANTOS MUSULMANES

La potencia de Dios sólo puede ser concedida a quien ha renunciado a toda demostración, a toda competición, a toda aprobación, a toda posesión y a toda venganza, es decir a quien ha renunciado a sí mismo.

*M. R. XIV, 61*

Son numerosos los místicos, visionarios y santos que el Islam ha dado al mundo desde la Hégira hasta nuestros días. Una época de extraordinaria fecundidad espiritual se sitúa en los primeros ciento cincuenta años después de la Hégira, época en que, junto a los guerreros y los conquistadores, florecieron los ascetas, penitentes, predicadores y santos inspirados. Entre ellos contamos incluso con un alquimista, el célebre Djabir Ibn Hayyan. La influencia de estos personajes, durante los siglos posteriores y en los territorios que el Islam fue ocupando y convirtiendo, fue realmente fecunda y enriquecedora para la cultura musulmana.

En uno de estos territorios, el Jorasán, se produjo el encuentro entre el Islam y la cultura iraní, siendo su resultado un renacimiento artístico, literario y espiritual que generó hombres de una sabiduría y santidad ejemplares.

Tenemos, entre otros, a Ibrahim Ibn Adham, a Yahya al Razi o a Fudhayl Ibn Iyadh.

Ibrahim Ibn Adham fue uno de los primeros místicos musulmanes conocidos del Jorasán. Nació en Balkh hacia el año 100 de la Hégira, y sus biógrafos nos cuentan que recibió la iniciación del mismísimo Khidhr.<sup>1</sup> Esta consistía en la transmisión del Nombre Supremo de Dios.

Dios, según las doctrinas islámicas, tiene cien nombres, de los cuales noventa y nueve han sido revelados, pero el último, secreto, es conocido únicamente por algunos iniciados. Su conocimiento proporciona el conocimiento universal, y su enunciación la omnipotencia. El discípulo que pretendía ser iniciado tenía que postularla a un cheik (maestro espiritual).

---

<sup>1</sup> Khidhr, el hombre verde, inmortalizado por haber bebido en la fuente de la vida. En el Islam, es identificado con Elías, el Iniciador.